

tumbre. Llegan grupos innumerables de electores, como una procesión en marcha o un hormiguero en movimiento, y todos con traje o abrigo negros, llevando los de Appenzell ceñida, o en la mano, una espada, como signo tradicional de soberanía y única justificación de su derecho electoral. A la sombra de grandes árboles, en un estrecho valle rodeado de montañas cubiertas de nieve, que parece un vasto circo, se hallan los electores, y en el centro, junto a la iglesia, se levanta la tribuna. A veces se oye un canto popular, entonado por la muchedumbre, que dice: "De Ti, Señor, viene toda vida. Somos obra de tus manos. ¡Qué consuelo y qué dicha para mí, que tu ojo paterno brilla sobre mi cabeza! Que el sentimiento de tu presencia sea mi ángel bueno y me conduzca a fin de que mi debilidad no me extravíe en los caminos." Las ventanas, con guirnaldas, están ocupadas por las mujeres, sin vestidos lujosos. A las diez, el cortejo oficial sale del Ayuntamiento, acompañado de la música militar, con los miembros del Consejo cantonal y de los Tribunales, con alabarderos, cornetas y tambores vestidos al estilo del siglo XVI, y a la cabeza, con los ujieres, el Presidente del Gobierno cantonal, el *landmann*, con su capa negra, su sombrero histórico, y con él, el escudo del Estado y la vieja espada, signo de mando, que empuña durante toda la reunión. Cuando aparece, todos se descubren, sea bajo un sol radiante o bajo la nieve espesa, sin que puedan protegerse con paraguas. El *landmann* abre la sesión y se coloca en la tribuna; pronuncia un discurso sobre política general, en que expone a la asamblea